

# EL MUNDO DE CUNQUEIRO

por Vicente Risco

Es una cosa curiosa: de los amigos que cultivaron los mismos eidos, Alvaro Cunqueiro es el que encuentro más de este mundo, de nuestro mundo real, entendiendo por "este mundo" el que yo llamo "el mundo a medida", es decir, a la medida del hombre, apropiado al hombre, en una palabra, el que vivimos todavía por estos contornos. En otros, los hombres van interponiendo otro mundo artificial, sino más materializado. Cunqueiro, no. Cunqueiro conoce, vive y goza como pocos este mundo nuestro, alegremente, bondadosamente, con naturalidad. Y conoce a los que viven en él y no necesitan otro: caradores, pescadaballo, y según me contaron en Mondoñedo, el teixugo, el estío de los celtas; sabe de uinos y licores, de flores y de frutas, de ferias y de fiestas, y hasta puede entender el canto de los pájaros. Es un excelente ciudadano del mundo sublunar.

Pero, además de este mundo a medida, con su vida de tejas abajo, que describe con tanta verdad y tanta gracia, Cunqueiro percibe otro mundo de significaciones y de sorpresas, de realidades ultrafísicas y de pretendidos fantasmas, que está ahí, aunque no lo vemos, y que se transparenta a través del mundo que llamamos real, del rodaballo y del teixugo, de los caradores, pescadaballo, mensajeros, labriegos, emigrantes y marcanes... No sé si me explico bien... Es el otro lado, la cara oculta del mundo • corriente en que vivimos.

Cunqueiro empezó como poeta, cuando era un estudiante espigado y demorador de esbelto, en tiempo en que no se habían agotado aun las primeras audacias que sacaron del cascarón al novecientos, después de la guerra del 14. Los ojos que se abrieron entonces, muchos los cerraron después; Cunqueiro, no. Cunqueiro no perdió la mirada hiperfísica que traspasa los cuerpos opacos.

Es un mitógrafo excepcional. Esos años atrás, había, fuera de España, escritores, principalmente dramaturgos, que cogían los mitos clásicos y variaban en ellos lo que querían decir al público. La más favorecida, como se sabe, fue la familia de Edipo, el del complejo. Esto fue lo que se llamó "mensaje", pero resultó que, ahora, cualquier chiquilicuatro tiene un "mensaje". Cunqueiro procede de una manera enteramente diversa. En primer lugar, si tiene "mensaje", tiene el buen gusto de no llamarle así. Toma los mitos y los rehace a su modo, con variaciones sorprendentes, que les comunican sentidos nuevos, o revelan lo que quedaba oculto en la versión conocida, como hizo con Don Merlín y con Don Hamlet. Y además, crea mitos, a cuenta de los personajes que andan por las literaturas, o de otros inventados por él, con extraordinario

2) estilo mitopoyético, como el de Chrétien de Troyes o el de Wolfram von Eschenbach.

Cita a éstos por una circunstancia muy especial: Cunqueiro apenas roza los mitos clásicos, grecorromanos, ni aun los de la India. Echará mano de los de los chinos, o los de los Baluba, pero no de los de Homero y ~~Virgilio~~ Hesíodo. Sus mitos son los de la Cristiandad, los de los libros de Caballerías, y cuando inventa mitos nuevos, los inventa al estilo del Tristán, de la Demanda del Santo Grial, del Lanzarote del Lago, con tan pronunciado medievalismo que, como los traductores españoles de entonces, les pone el "Don". Narra gestas de caballería cristiana e historias de encantamientos y de picardía, con un humor también de aquel tiempo, desenfadado y grotesco, del tipo de las tallas góticas y de las cantigas de "mal dizer" — podríamos citar el libro de Buen Amor, los Evangelios de Guenouilles, los cuentos de Rutebeuf... — pero siempre con una secreta reverencia a los Señores Reyes, Abades y paladines, y respeto a los artesanos, villanos y mendigos, que sin asterionizarse demasiado, se nota, aun ~~cuando~~ <sup>cuando</sup> refiere sus engaños, sus falatrúas y sus vergüenzas. Es que Cunqueiro es un humanista cristiano, lleno de indulgencia.

El pensamiento de Cunqueiro anda por los caminos, áridos y difíciles que llevan al Santo Grial. Quiérese decir: éste es el verdadero camino. Todo este mundo de seño, que a tantos parece fantástico, representa una realidad de otro orden, escondida, sin duda, a la mayor parte de los lectores, pero no por eso menos verdadera, y es, por su índole, la declaración del sentido auténtico de nuestra naturaleza de europeos, a la que tantos son infieles.

Cunqueiro no es sólo un imaginativo y un lírico. Es un erudito, en mucho mayor escala de lo que pudiera pensarse. Desde luego, un ~~erudito~~ erudito no sistemático. Pero asiduo y rebuscador hábil y, al parecer, con suerte, pues también para ésto hay que tenerla; encuentra libros que no se sabe de dónde puede haberlos sacado, libros que otros hemos andado buscando sin dar con ellos, libros que, a lo mejor, cita como para dejarnos los dientes largos. Y los devora y los aprovecha, pero siempre los completa con ideas suyas, siempre convierte en sustancia su doctrina. Por los temas de los libros que sabemos que ha leído, se nota que Cunqueiro ha entrado en una corriente del pensamiento europeo actual (René Guénon, Mircea Eliade, Marius Schneider, Roland de Renneville, André Breton) que valora ~~las~~ las doctrinas arcaicas y orientales. En Galicia hubo pensadores de éstos ya en el siglo IV, y resulta interesante reanudar esta tradición, en lugar de persistir en un clasicismo que llegó a nosotros desprovisto, por obra de los racionalistas, de lo que contenía de lo que hoy llaman pensamiento "mágico". Pues no hay que olvidar que el que nos habían enseñado era un clasicismo, no el gusto de los romanos ni de los griegos, sino el gusto de los clasicistas.

3) No parece Cunqueiro un clasicista. Hasta de Ulises hizo ~~un~~ un personaje a su manera, que a veces, hasta parece un santo existencialista, y transfiguró sus aventuras como quiso. Cunqueiro no teme a ningún anacronismo. Se ve que la historia no tiene, para él, verdadero valor, y por lo tanto, la relativiza y la maneja en razón del interés estético, o del interés humano de sus episodios; lo que parece importante no es lo que sucedió, sino su manera de suceder y su sentido. Esto, en una época como la nuestra, de verdadera monomanía historicista, denota una independencia digna de todo encomio. Y puede ser anticiparse a un porvenir quizá no muy lejano, pues la crisis del ~~el~~ historicismo se anuncia ya.

El mundo de Cunqueiro puede, sin duda, a pesar de lo dicho, parecer histórico, pues se complace en acontecimientos y aventuras, ideales, si se quiere, pero que "suceden"; Cunqueiro "cuenta historias". Sin embargo, su mundo es ya meta-histórico. No hay más que preguntar, la mayor parte de las veces, en qué tiempo han sucedido. Incluso, recientemente, ha inventado un "Imperio" cuya época no ha llegado todavía. Mircea Eliade llamaría al de Cunqueiro "un mundo de arquetipos". Es, en efecto, un mundo en el que nada significa el tiempo, sino el "sentido".

Así veo yo el mundo de Cunqueiro, y no podría decirte cuánto me place que sea así. Y me parece tan evidente, y tan cercano, visto desde este mundo que todavía vivimos en Galicia, este mundo a nuestra medida, que espero que me dure en lo que me quede de vida, y que es el del resto de la obra de Cunqueiro, que me he identificado con él plenamente.